

las montañas de Nochiztlan, yéndose á poner en frente del peñol, hácia lo más alto, para desde allí ver en qué paraba la fuerza del Adelantado con los rebeldes. El puesto en que se colocó el Gobernador era una mesa alta y redonda, donde se habia situado la ciudad de Guadalajara la primera vez que se fundó, muy á propósito para su designio, porque desde allí se podia ver muy bien el combate del peñol sin que fuesen sentidos de la tropa del Adelantado.

CAPITULO IX.

LLEGA EL ADELANTADO DON PEDRO DE ALVARADO CON
SU GENTE AL PEÑOL DE NOCHIZTLAN
Y MIXTON, Y SU DESGRACIADA MUERTE.

Antes que entrase el Adelantado en el pueblo de Nochiztlan, envió batidores á reconocer sus entradas y mensajeros, que rogasen á aquellos indios con la paz, bajo el seguro del perdon de lo pasado y buen tratamiento en adelante; pero los indios, obstinados en su rebelion, no quisieron oír proposiciones pacificas y se recogieron en el Peñol, dejando algunos miles de ellos en el pueblo, que tenian bien fortalecido con siete albaradas muy fuertes que guarnecian las entradas. Quiso el Adelantado entrar en Nochiztlan, con nimo de sitiar despues á los indios en el Peñol

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1915

ó Mixton, no obstante que era alto, empinado y muy dificultoso de entrarle, por estar defendido, á más de los indios más valerosos, de los Cascanes, que entre los chichimecas se aventajaban en ser muy bien dispuestos, robustos y grandes flecheros. Halló el Adelantado más dificultad de la que pensaba en acometer las albarradas, porque salieron á defenderlas unos diez mil indios, que luego dispararon sus dardos ó varas tostadas; y con tanto brio y ferocidad resistieron al primer avance de los españoles, que en este encuentro quitaron la vida á veinte españoles, y como crueles y temidos entre los mismos chichimecas, los hicieron pedazos y comieron despues de la refriega. Hicieron retirar un poco á la tropa del Adelantado; pero enardecido el valor de este campeon español, volvió á embestirlos, y ganó dos albarradas, con pérdida de otros diez soldados; pero mayor fué el estrago en los enemigos que buscaron su seguridad en los montes. Entónces se vió dueño de un pueblo yermo y abandonado; pero considerando él y los demás capitanes que no conseguia cosa si no acometia á los rebeldes metidos en el Peñol, porque era perder su reputacion y darles avilantez y motivo de desvergonzarse, por haberle hecho retirar y haberle muerto unos treinta españoles, que en la ocasion le hacian notable falta, ordenó al capitan Falcon que con

cinco mil indios de Michoacan, mandados por un caballero de la sangre real del rey Caltzontzi, llamado D. Pedro, y cien soldados de á pié, castellanos, asaltasen el Peñol y hiciesen desalojar los rebeldes. (*) Subió Falcon con su tropa á lo más alto del Peñol con tal ardor, ganando puestos, que si hubiera esperado la caballería y no se hubiera metido temerariamente en el peligro de ser cercado, hubiera ganado el Peñol; pero su ánimo brioso lo perdió, porque los indios, que temian únicamente á los caballos, no viéndolos, y notando la poca gente que se les atrevia, los dejaron subir bien arriba, y cuando les pareció que era tiempo, salieron infinitos de ellos tomádoles el paso con gran concierto, y por dos parajes distintos cercaron á los españoles y tarascos de tal modo, que no podian ser auxiliados de la caballería. Dieron sobre los españoles, y los forzaron á retirarse con tal desórden, que el primero que cayó muerto fué el capitan Falcon con otros siete ú ocho soldados y algunos indios, y hubiera sido mayor el estrago si los nuestros no hubieran ejecutado con acierto la retirada. El Adelantado venia con su tropa á sostener el sitio del Peñol, y como vió que se retiraba la compañía de Falcon y los indios amigos, los hizo incorporar con

(*) Herrera, Década VII, lib. 2, cap. II, fol. 39 y 36 mihi.

su gente, determinado á castigar los bárbaros, que de tropel bajaron al llano, adonde si el tiempo húmedo y lluvioso no tuviera la tierra empantada, hubieran pagado su osadía; y siendo el número tan grande de los enemigos que acometian, le fué fuerza al Adelantado retirarse, porque en suelo tan cenagoso, lleno de cardones y magueyales, no eran señores de los caballos, que se atascaban, ni aun los soldados de á pié podian andar por el gran lodo que les embarazaba, y así fué sacando su campo con mucho esfuerzo y valor, peleando con multitud de enemigos que salieron de las albarradas y Peñol, inquietándole la retirada, y le siguieron más de tres leguas, teniendo á los nuestros bien acosados. Apeóse del caballo, y como tan valeroso capitan, á pié, con los peones peleaba con su espada y rodela, haciéndoles frente. Los soldados de á caballo harto hacian en buscar tierra enjuta para no atollarse, teniendo sumo trabajo en caminar por lo pedregoso y cenagoso de la tierra, y aquí le mataron á un español llamado Juan de Cardenas y al caballo en que iba montado. Fué incesante la porfia de los indios enemigos en estorbar la retirada de nuestra tropa, y en varias escaramuzas que trababan con los nuestros, no se advirtió que los indios los iban embarrancando, y dieron con ellos en una quebrada entre el pueblo de Ayagualica y Acatic,

siguiendo siempre los indios hasta un rio que tiene á la orilla contraria una subida tan áspera, que no se puede subir á caballo, y es necesario que vayan los caballos de diestro. Pasó el Adelantado y su gente el rio sin estorbo, porque los indios contentos con lo mucho que habian hecho en obligar á retirar á los españoles, no quisieron pasar adelante y se volvieron para sus Peñoles, y entónces mandó á sus soldados de á pié y á caballo marchasen sin fatiga.

Iba el Adelantado con su gente subiendo á pié la cuesta en la retaguardia, cuando uno de los soldados de á caballo, que se llamaba *Baltasar de Montoya*, (*) hijo de Sevilla y amanuense ó escribano de D. Pedro de Alvarado (quien despues murió de edad de 105 años), como llevaba el caballo cansado, para hacerle subir la cuesta le dió con las espuelas, haciendo por adelantarse en tanta manera, que le hacia perder pié: el Adelantado le dijo: Sosegaos, Montoya, que los indios nos han dejado; pero poseido de miedo, no obstante que se apeó del caballo, corria aprisa sin atender á lo que le mandaba el Adelantado, y apuraba al caballo en tanto grado, que se le fueron los piés, y rodando, de un encuentro se llevó por delante al Adelantado, quien como iba armado

(*) Cronicon manuscrito de Tello, cap. 114.

y ya era hombre pesado, no pudo huir el encuentro del caballo, y fué tal el golpe que le dió en los pechos, que se los hizo pedazos, y le llevó rodando por la cuesta abajo hasta un arroyo, adonde estando caído acudió toda la gente á su socorro y le hallaron sin sentido. Diéronle agua, con que volvió en sí, y echaba sangre por la boca á borbotadas, diciendo: esto merece quien trae consigo tales hombres como Montoya. Era tan grande su dolor, que apenas podía hablar, y causaba lástima á todos: luego aderezaron un pavés ó tapestle y lo llevaron con cuidado al pueblo de Atenquillo, que distaba unas cuatro leguas de aquel puesto adonde sucedió esta desgracia, que fué á 24 de Junio de este año de 1541, día del glorioso precursor San Juan Bautista, donde llegaron á dormir para ir otro día á la ciudad de Guadalajara. Miétras tanto, viendo el capitán gobernador Oñate que los rebeldes hacían retirar al Adelantado y á su tropa, y que lo seguían con prisa, salió de su puesto, tomando lo alto del Peñol para salir al encuentro de los enemigos y defender la retirada de los españoles, y cuando llegó al pueblo de Ayagualica, alcanzando algunos soldados de á pié, les preguntó ¿adónde quedaba el Adelantado? y le respondieron dándole cuenta de lo que había pasado en el sitio del Peñol, cómo le habían muerto treinta solda-

dos, que había pasado adelante y acontecido la desgracia referida y lo llevaban mortal á Guadalajara. Entónces el gobernador se dió prisa á caminar con su escuadron, y á las oraciones llegó al pueblo de Atenquillo, donde halló al Adelantado muy fatigado, y entrambos se enternecieron. Conoció el Adelantado lo mal que había hecho en no creerse de lo que con tanto acuerdo le había aconsejado el gobernador, y dijole: *quien no cree á buena madre, crea á mala madrastra*. Yo tuve la culpa en no tomar consejo de quien conocía la gente y la tierra, pero ya no tiene remedio; me siento mortal, y conviene que con la brevedad posible me lleven á la ciudad para componer el negocio de mi alma. Luego, sin dilacion, mandó el gobernador meterlo en su tapestle y llevarlo á la ciudad, que distaba de allí como cuatro leguas llanas, y él se adelantó por la posta y dispuso que el bachiller Bartolomé Estrada, que era cura y vicario de la ciudad, saliese con prontitud á confesar al Adelantado, porque estaba acabando. Salió el bachiller Estrada, y á una legua que anduvo, encontró al Adelantado, que estaba en las ansias de la muerte, y no obstante, mandó parar el pavés, y debajo de unos pinos se confesó con muchos sollozos y grandes muestras de verdadero arrepentimiento; acabada la confesion, mandó que le llevasen poco á poco

á la ciudad, y rogó al bachiller Estrada no se apartase un instante de su lado, y de cuando en cuando se reconciliaba con gran devocion y dolor de sus culpas.

A la entrada de la ciudad salió mucha gente á caballo y aun algunos señores principales á recibirle, manifestando todos el llanto justo que tenían; demostraciones que agradeció el Adelantado, diciéndoles, que se reportasen, que todavía tenía vida, y esperaba que su Divina Majestad, si convenia, le habia de mejorar para que desempeñase su palabra de defender la Nueva Galicia. Pasáronle á las casas de Juan del Camino, y fué aposentado y asistido con el mayor cuidado, como que estaba en casa de sus deudos. Luego ordenó su testamento, porque no daba treguas su mal, ante Diego Hurtado de Mendoza, escribano público; y habiendo recibido los Santos Sacramentos con ternura y edificacion de todos, ordenó á sus capitanes y soldados, que si Dios disponia llevarle para sí, volviessen con su armada á Goatemala, y la entregasen á la disposicion de Doña Beatriz de la Cueva, su mujer, y despachó sus órdenes á los capitanes que habia repartido con varios destacamentos en las fronteras de Zapotlan, Autlan, Eztatlan y Chapala, para que no las desamparasen hasta que el señor virey D. Antonio de Mendoza otra cosa mandase, entendido

ya S. E. en hacer levass para atender á la pacificacion de los indios alzados, y rogándoles que así lo hiciesen, bien que acabada de pacificarse la tierra se podian retirar adonde más les conviniere. Ordenó que su cuerpo se depositase en la iglesia parroquial de la ciudad de Guadalajara, y de allí se trasladase al convento de Tiripitío, pueblo y Doctrina de la Orden de San Agustin en Michoacan; y más ordenó, que de Tiripitío llevasen sus huesos al convento de Santo Domingo de México, y que para los gastos de llevarlo, decir las misas y novenarios, y hacer sus honras y exequias, se vendiese en almoneda ó fuera de ella, la parte que fuese necesaria de los bienes que tenía en Guadalajara ó en México, y formó otras cláusulas, añadiendo, que por quanto estaba fatigado, se remitía á lo que dispusiese el ilustrísimo D. Francisco Marroquin, obispo de Goatemala, con quien tenía comunicadas muchas cosas pertenecientes al descargo de su conciencia, dejándole por albacea, y á Juan Alvarado, vecino de la ciudad de México, quien despues tomó el hábito en la religion de San Agustin, donde vivió santísimamente y ha obrado Dios por él muchos milagros en el convento de San Agustin de México. Otorgó su testamento cerrado á 4 de Julio de este año de 1544, y fueron al hacer el testamento D. Luis de Castilla, Hernan Flores,

Francisco de Cuellar, Alonso Lujan, y Juan Mendez de Sotomayor, y ademas del escribano principal, que fué Diego Hurtado de Mendoza, le autorizó el escribano Baltasar de Montoya. Murió cristianamente este caballero, á 4 de Julio del referido año, segun lo dice el padre cronista Fr. Antonio Tello en su manuscrito, y creo que así fué, no obstante que el historiador Herrera, y otros, dicen que murió el Adelantado á los tres dias de su caída desgraciada; porque la individualidad con que se explica este reverendo cronista, da á entender que lo ha reconocido por los papeles auténticos del archivo de la ciudad, y trae de paso, que á 3 de Julio del mismo año, que fué un dia ántes de la muerte del Adelantado Alvarado, llovió sangre en Toluca.

Fué muy sentida la muerte de este capitan valeroso en toda la ciudad de Guadalajara, y con mucha razon, pues por venirla á socorrer murió. Fué enterrado honrosamente en una capilla de Nuestra Señora, en la iglesia parroquial de la ciudad, á mano izquierda como entraban en ella, debajo del púlpito. Despues, como lo tenia ordenado en su testamento, llevaron sus huesos á Tiripitio, y de allí se trasladaron á Santo Domingo de México, y al fin á su sepulcro de Guatemala, adonde se le hicieron

solemnes y pomposas exequias. He tratado todas estas circunstancias, siguiendo lo que refiere Tello en su manuscrito, porque me parece que este autor se ajusta más á la verdad de lo sucedido en la muerte de este heróico capitan en el asedio del Peñol de Nochiztlan, apoyado de la autoridad grande del historiador Herrera; y digo con él, que erró la Pontifical el reverendo Torquemada, y Fr. Antonio de Remesal, que dicen haber sucedido este caso lastimoso en *Etzatlan*, ó en el cerro de Nochititlic, entre la ciudad de Guadalajara y Compostela, y que está enterrado en el dicho pueblo de Etzatlan; pero mucho mayor fué el yerro de Bernal Diaz del Castillo, que asienta fué este acaecimiento en unos Peñoles que se dicen *Cochitlan*, cerca de la villa de la Purificacion (de que no hay memoria en toda aquella tierra), y que allí le enterraron.

Despues, el virey D. Antonio de Mendoza se aprovechó de esta armada del Adelantado para no solo descubrir toda la costa del Sur de esta Nueva España sino tambien para abrir la navegacion de Nueva España á las islas de la Especería, y nombró por capitan á uno que habia venido de España, llamado *Rui López de Villalobos*, y en esta jornada fueron trescientos setenta españoles y cuatro religiosos de la Orden de San Agustin,

y con la muerte del Adelantado quedó la ciudad de Guadalajara con solos treinta soldados, porque los de D. Pedro de Alvarado se volvieron á Zapotlan; pero en esta afliccion y circunstancia tan critica en que se hallaban los vecinos de Guadalajara, proveyó Dios, porque á fines de Julio vino de México el capitan Diego Vazquez de Buendia bien despachado del señor virey, que envió sesenta hombres de á caballo, y por su capitan á Juan de Muncibay.

CAPITULO X.

PROVIDENCIAS DEL GOBERNADOR CRISTÓBAL DE OÑATE
 DESPUES DE LA MUERTE DEL ADELANTADO
 PARA LA DEFENSA DE LA CIUDAD DE GUADALAJARA:
 VICTORIA GRANDE DE LOS ESPAÑOLES
 EN DEFENSA DE LA CIUDAD, Y SE DA PARTE AL SEÑOR
 VIREY, QUIEN SE PREVIENE PARA IR A LA
 GUERRA DE JALISCO.

Despues de la desgraciada muerte del Adelantado Don Pedro de Alvarado, tuvo el dolor el Gobernador Oñate de ver la poca voluntad con que los soldados que habia traído dicho Adelantado, y eran como setenta los que habian quedado, querian servir en defensa de la ciudad; y así envió un correo al señor Virey para darle parte de la derrota del ejército del Adelantado y de su desgraciada muerte, y cómo tambien sus solda-